

*Afrodita*

como viene tan de forma del todo demostrable y seguida paso por paso a resultar plausible gracias — y debo reconocérselo — a su razonamiento, sí; y no elevaré, por tanto y en lo tocante a este particular en concreto la menor queja ni ante ninguna instancia competente contra ella; pero, es tan desordenada... o tan ansiosa...

Echa mano indiscriminadamente y con diligencia tan prodigiosa de todo aquello que yo deseo eliminar de mi recuerdo que tengo que andar con cincuenta ojos si quiero evitar que, antes de ni tiempo tener para tirarlo al cubo de la basura —porque hay veces que anda una en otras cosas y, “bueno, ahora lo tiraré” —, lo agarre ella y se apresure a guardarlo en el cajón que tiene, para él sólo y algún otro importuno de los de su misma condición y especie, reservado en el altillo de la despensa.

Cuando la veo caminar por el pasillo canturreando y limpiándose las manos en los vaqueros, ya, sin poder evitarlo, me pongo en lo peor; y cuando la increpo con “¿qué has guardado?” me contesta con mucho desahogo que deje de andar vigilándola, que ella sabe perfectamente qué tiene que hacer.

Y es que es un poquito soberbia; dominantona el día que se levanta con el pie izquierdo y eso que se lo noto en cuantito con esos gestos suyos tan diligentes, tan seguros de sí mismos, la veo cómo se hace la cama.

“Mal empezamos” me digo para mi colete.

Así que fui en seguida; en cuantito la vi embebecida en las cuentas a ver si íbamos o no íbamos a llegar a fin de mes — que llevamos toda la vida llegando, pero a ella le gusta asegurarse — salí escopetada a subirme a la silla de la cocina; y allí estaba. Lo agarré por una esquinita y lo iba ya a tirar en la idea de camuflarlo un poco entre los envases vacíos de yogures descremados y las raspas de unos boquerones fritos de la cena, pero...

– ¿Qué estás haciendo? — Había llegado tan sigilosa que cuando la oí por poco si me caigo de la silla.

– ¿Y si me caigo y me rompo una cadera, qué? — Le dije, por eludir el tema.

– Si no anduvieras donde no debes...

– ¿Qué no debo? — Repliqué — Esta, que lo sepas — le dije, porque a veces me crezco — es mi casa; y no quiero zarríos.

– ¿Zarrio? — Ella, quitándomelo de las manos y desplegándolo, en el aire, como si fuera un telón; y asomando la cabeza por encima — ¿Zarrio este trozo tan estupendo de recuerdo nuevecito?

– “Nuevecito”. “Nuevecito” y sabes tan bien como yo que es una guarrería de pingajo de recuerdo viejísimo.

– ¿Viejísimo esta hermosura? — Lo extiende sobre la mesa de la cocina y le pasa la mano, amorosa, por encima.

– ¿Qué hermosura? — Yo — Es, y lo sabes de sobra, uno de mis recuerdos más odiosos.

– Ya — me corta —; pero porque no sabes apreciarlo.

Y me explica, muy cargada de razón, que a un mal recuerdo se le puede sacar muy buen partido si se tiene un poquito, sólo un poquito, de habilidad y de mano izquierda para utilizarlo.

Firmado:

*Puntoicoma*